

ALBUM POETICO

ALBUM POÉTICO.

ALBUM PORTICO

LA VITA DI UN UOMO

# ALBUM POÉTICO.

## LA REBANADITA DE PAN.

FÁBULA (\*).

Ya sentado á su mesita  
Basilio para cenar,  
En su cuarto, sin llamar,  
Entrósele una visita.  
Era una bella señora  
La que invadió el domicilio,  
Diciendo : « Yo soy, Basilio,  
Una sábia encantadora.  
»Sé que no eres haragan,  
Y es escasa tu fortuna:  
Por tu bien, me has de dar una  
Rebanadita de pan.  
»Una onza tan sólo quiero,  
Y otra pediré mañana:  
Préstelas de buena gana  
El honrado jornalero.

(\*) Los que sepan que las tenaces dolencias del Sr. Hartzenbusch ha mucho tiempo que le tienen alejado de las tareas literarias, comprenderán cuanto es de agradecer que haya correspondido á una invitación que era realmente de difícil resistencia cerca de su bondadoso carácter, por lo plausible del objeto y por las consideraciones de antigua amistad.—B. A. RAMIREZ.

—»Nada me sobra, en verdad;  
Una hija tengo y un hijo  
Y mujer (el hombre dijo);  
Mas no le hace : bien, tomad.»  
Y con buen talante y fe  
La rebanada partió  
Basilio; la recibió  
La encantadora, y se fué.  
La esperaba con ahinco  
Basilio al siguiente día:  
Volvió la señora mia  
Trescientos sesenta y cinco.  
Y era en la pobre morada  
Grande el júbilo y contento  
De todos, en el momento  
De ofrecer la rebanada.  
Cumplido el año, tornó  
La mágica pedigüeña,  
Con la cara más risueña  
Que en el año se le vió;  
Y de un elegante escriñero  
Roscas empezó á sacar,  
Y en los brazos á ensartar  
Á padres, á niña y niño;  
Y díjoles : « Os presento

El orden de las poesías, es el de su presentación.

Junto el pan que recibí  
De vosotros; eso sí,  
Viene con algun aumento.  
»No es magnífico el socorro;  
Pero él os hace merced:  
Esta lección aprended  
De la Maga del ahorro.  
»Segun deis, os volverá

Beneficio, grande ó chico:  
La receta de ser rico  
En vuestras manos está.  
»¿Quereis feliz situacion  
Para los dias de anciano?  
Sed hormigas en verano,  
Como enseña Salomon.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## A LA INAUGURACION

DEL NUEVO EDIFICIO PARA MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS.

Paz en esta casa sea,  
Donde entran á un tiempo mismo  
El rico que viene á pobre  
Y el pobre que se hace rico;  
Donde para desengaño  
De opulentos y de altivos,  
Creso hubo ayer que hoy mendiga  
Las sobras de un desvalido.  
Su fábrica renovada  
Ved en más amplio recinto.  
¿Qué mucho que el árbol crezca  
Si fruto da más crecido?  
En tí, sucesor de un templo  
Que exhaló aroma divino<sup>1</sup>,  
Sus piadosos timbres lega  
El ya caduco edificio.  
Como él, al pródigo premio  
Darás, y solaz y alivio  
Al que víctima aquí gime  
De sí propio ó del destino.  
¡Oh! si esas mudas preseas,  
A que tú sirves de asilo

Pudieran en voz humana  
Trocar su funesto brillo,  
¡Qué de historias refirieran,  
Qué de casos no sabidos,  
Unos de virtud dechados,  
Padrones otros de vicio!  
No me es infiel la memoria,  
Y cual llegó á mis oidos,  
He de contar el siguiente  
Que me dieron por verídico.

En el frecuentado umbral  
De la casa que hoy por vieja  
El *Monte de Piedad* deja,  
Trasladándose á la actual,  
Dos mujeres se encontraron  
Cara á cara cierto dia;  
Una entraba, otra salia,  
Y al mirarse se turbaron.  
La turbacion fué patente,  
Sobre todo en la primera,  
Bien que un velo la encubriera  
Desde el escote á la frente.  
Traje, talle y apostura  
Daban á entender al punto

<sup>1</sup> El convento y parroquia de San Martín, que ocupó el mismo solar donde se ha construido el nuevo edificio y que se extendía hasta la calle del Arenal.

Que el dueño de aquel conjunto  
No era vulgar hermosura.

Ménos bella y arrogante  
La que caminaba opuesta,  
Iba en el vestir modesta  
Cuanto humilde en el semblante;

Y con gran desembarazo,  
Al ver que el paso avivaba  
La que de ella se guardaba,  
Volvió y asíola del brazo.

Y porque no diese voces,  
Fingiéndose enojo ó sorpresa,  
Le dijo quédo: — Condesa,  
¡ Si soy yo! ¡ No me conoces? —

Hubiera de buena gana  
Contestado ésta que no,  
Mas la que era yo añadió:  
— ¡ Si soy Teresa, tu hermana!

— Déjame en paz, — con desden  
La interpelada repuso;

— De ser eso no te acuso,  
Que al fin lo soy yo también;

Pero sí me maravilla  
Que tanto de ello blasones.

— Alabo tus perfecciones.  
— Pues tu alabanza me humilla.

— ¡ Qué así tu próspera suerte  
Te desvanezca, Isabel! —

— En fin, me tendrás por cruel,  
Mas no puedo socorrerte.

— Error esperarlo fuera.  
¿ Juzgas que estoy en acecho  
Para arrancar de tu pecho  
Ni un ¡ ay! de piedad siquiera?

Pues son tus temores vanos,  
Que á nadie soy importuna.  
Debo mi holgada fortuna,  
Después de Dios, á mis manos. —

— — —  
Gózase naturaleza  
En peregrinos contrastes:  
De benigna malva al lado,

Ortiga pérfida nace;  
Entre la miés la cizaña,  
Y bajo la flor el áspid.  
De un mismo albergue al abrigo,  
Hijas de una misma sangre,  
Ambas hermanas crecieron,  
Una frívola, otra grave;  
Una en hermosura diosa,  
Otra en sus virtudes ángel.  
Huérfanas ambas quedaron  
Al morir su buena madre,  
Sin mano que las sustente  
Ni escudo que las ampare.  
De su sexo en las labores  
Era Teresa tan hábil,  
Que ni en primor ni en desvelo  
Pugnaba con ella nadie.  
Despierta la hallaba el alba,  
Fiel el sol á sus afanes,  
Y no lograban rendirla  
Veladas interminables.  
Vivo ejemplo era á su hermana,  
Que, de la desidia imágen  
Y prendada de sí propia,  
Pasaba la vida aparte,  
Los días en componerse,  
Las noches en contemplarse.  
¡ Qué encanto en aquellos ojos!  
¡ Qué gracia en aquel semblante!  
¡ Qué carmin en sus mejillas!  
Y sobre el jazmin ¡ qué esmalte!  
Ni aquella piel era cútis,  
Ni aquella morbidez carne,  
Sino veladuras propias  
De espíritus celestiales.  
La hermosa Isabel, en suma,  
Con dones tan singulares,  
Hija de más alta esfera,  
¿ Qué extraño se desdenase  
De tomar parte en tareas  
Prosaicas y terrenales?  
Dejaba á Teresa el cargo,  
Y aún la carga, que su madre

Llevó en vida, y fué su muerte,  
De trabajar y ganarse  
El sustento, justo precio  
De nuestro primer rescate;  
El pan, que sólo es sabroso  
Cuando á sudor propio sabe.

Dos años así vivieron :  
No es mucho tiempo dos años  
Para el que de dichas goza :  
Para el infeliz ¡qué largos!  
Amaba á Isabel Teresa  
Como debemos amarnos,  
Ciega á su ingrato desvío,  
Insensible á sus agravios.  
¡Pobre Isabel! En su pecho,  
A intento culpable extraño,  
Sólo un afecto cabía,  
El amor de sí, cifrando  
Cuanto encierra y precia el mundo  
En el reducido espacio  
Del espejo que copiaba  
La magia de sus encantos.  
Presentimiento sin duda  
Era de espléndido estado,  
Porque, en efecto, su puerta  
Un galán y otro rondando,  
Venciendo competidores,  
Venciendo cuantos reparos  
Pudo oponer su pobreza,  
Su condicion y sus años,  
Un rico, por fin, un conde  
Le dió corazón y mano.  
Los ensueños de su mente,  
Los delirios que forjaron  
Su presuncion, sus anhelos,  
Así realizó el milagro  
De su fortuna. Teresa  
Alejarse de su lado  
La vió presta una mañana.  
Ni un triste adiós, ni un abrazo  
La mereció, ni más supo

De aquel corazón ingrato,  
Que reputaba desdoro  
De sus blasones el lazo  
Que á una menguada la unia,  
Esclava de su trabajo.  
¡Oh, cómo el cielo se venga  
De estos crímenes privados!  
Asombro de Madrid fueron  
La nueva beldad, su fausto,  
Sus salones, sus banquetes,  
Y de aquel sol á los rayos,  
Destellos pálidos, sombra,  
Los que ántes fúlgidos astros.  
Pasó tiempo, y ella atenta  
Sólo á su gusto y aplauso,  
Sin tasa expendió tesoros,  
Tesoros al fin exhaustos,  
Granjería de la usura  
Y de su grandeza escarnio.  
¿Quién lo dijera? A tal punto  
Sus escaseces llegaron,  
Que las joyas, testimonio  
De su opulencia y ornato  
De su beldad, ella misma  
Al *Monte de Piedad* trajo  
Para darlas en rehenes  
De su postrer holocausto.  
Era cabalmente el día  
En que su encuentro impensado  
Las dos hermanas tuvieron.  
Cayó Isabel en engaño,  
Suponiendo pordiosera  
A quien dejó en tal quebranto,  
Y alzando el ya inútil velo,  
Así prosiguió su diálogo :

ISABEL. ¡Fortuna! ¿Quién pone en ella  
Ni su fe ni su esperanza?  
TERESA. Quien merecida la alcanza  
Sin confiar en su estrella.  
ISAB. Si la merecí no sé,  
Pero sé que me ha dejado.

TER. Pues si de ella has abusado,  
¿De qué te quejas, de qué?  
ISAB. Luego ¿sabes... con franqueza...  
Cómo, de dónde has sabido?...  
TER. Sólo ha llegado á mi oído  
La fama de tu grandeza.  
Tanto me la encarecieron,  
Que temí no te durase,  
Porque áun con más fuerte base,  
Torres más altas cayeron.  
ISAB. Es verdad: fué grande error...  
Mas, pues se me proporciona  
Tan buena ocasion... perdona;  
Puedes prestarme un favor.  
TER. Dí cuál.  
ISAB. Porque tú...  
TER. Comienza.  
ISAB. Si en ello no te rebajas...  
TER. Dí.  
ISAB. Traigo aquí unas alhajas;  
Pero me da tal vergüenza...  
TER. Seguro: en esto me imitas.  
Nada jamas he empeñado.  
ISAB. ¡Ah! Yo pensé...  
TER. Mal pensado.  
Dime; y ¿cuánto necesitas?  
ISAB. Lo que den: mil, dos mil duros.  
TER. Si los exiges cabales...  
¿Te bastan treinta mil reales?  
ISAB. Para salir hoy de apuros...  
TER. Sí, que Dios dirá mañana.  
Pues de esta suma dispon.  
ISAB. ¿Es posible? Y ¿de quién son?  
TER. Tuyos, pues son de tu hermana.  
ISAB. ¡Cielos!  
TER. Nada de aspavientos:  
Pudiera decir que de otras;  
Mas ¿á qué ya entre nosotras  
Hipócritas fingimientos?  
¿Aun en tí el engaño dura?  
Pues á la evidencia ceda:  
No hay infeliz que no pueda  
Labrar su propia ventura,

¡Y busca extraños socorros  
El que de rico se arruina!  
¡Yo he descubierto una mina  
En esta *Caja de Ahorros!*  
Las sobras de mi jornal,  
Que siempre demas se gana,  
Traigo aquí cada semana,  
Y, ya ves, tengo un caudal.  
Miseria el rico apellida  
Este modo de vivir:  
Pues yo sé que sé salir  
Adelante con mi vida.  
ISAB. ¡Oh, qué sublime lección!  
¡Con qué vergüenza te miró!  
TER. Haces mal, que yo no aspiro  
A santo de devocion.  
Nada me cuesta el cajero;  
Él está á lo que le ordene.  
Para el domingo que viene  
Tendremos nuestro dinero.  
Tú, en tanto, á vivir conmigo;  
Mi casa ya te desea,  
Para que el mundo no vea  
En tu pobreza un castigo;  
Y que triunfe, y rabie y cruja;  
Que allí estaremos las dos,  
Tú dando gracias á Dios,  
Y yo dándole á la aguja.

---

Lo que á este tiempo pasaba  
En el alma de Isabel  
No es posible referirlo;  
Su ingratitud pagó bien.  
Pero fué desde aquel día  
Otra hermana, otra mujer,  
Que redimió su infortunio  
Y su corazón también.  
La honrada y llana pobreza  
Mostró, cual siempre, esta vez  
Cómo el ser rico consiste,  
No en serlo, en saberlo ser.

## EL MONTE DE PIEDAD.

Este soy yo : ved mi historia ;  
Con lástima verdadera  
Socorro la pasajera  
Necesidad transitoria ;  
Yo de los que pobres son  
Guardo las economías ,  
Y luégo á sus alegrías  
Ofrezco rico monton ;  
Mi lema es la caridad :

Ninguno de mí quedó  
Querrelloso, porque yo  
Soy el *Monte de Piedad*.

N. S. SERRA.

La advertencia escrita con motivo de la composicion del Sr. Hartzzenbusch, es aplicable á la del Sr. Serra.—Las penosas dolencias de este infortunado escritor cuentan catorce años de fecha.

## EL AHORRO.

CUADRO POPULAR, ESCRITO EXPRESAMENTE PARA ESTE LIBRO.

### I.

EL MARIDO. — LA MUJER. — LA NIÑA.

— ¡ Jesus, Pepe!..... ¿ vienes malo?.....

Tienes una cara tan.....

— No vengo malo. ¡ Maldita

Mi suerte y mi.....

— Entiendo ya.

No habrá querido el maestro

Recibirte. Es natural.

— Mira, Pepa, no me vengas

Tú tambien á torear.

Pues traigo un humor bonito

Para sufrir, ¡ voto á San!.....

Que me des matraca.

— Pepe,

Yo soy tu mujer, y está

En el órden que te diga

Mi sentir, Pepe, y jamas

Me parece, digo, creo

Que te he aconsejado mal.

¿ Viste al maestro?

— Esta tarde.

Yo repugnaba el entrar ;

Pero me vió, salió y dijo,

Dice: « Pepe, vén acá » ;

Y entré..... ¡ Maldita mi suerte!

¡ Tenerme yo que bajar!

— ¡ Y qué te dijo?

— Me dijo :

« ¿ Qué haces, hombre? ¿ Adónde vas? »

Y le dije: « No trabajo » ;

Y fué y me llamó holgazan

Y borracho ; y soy tan corto

Que no supe contestar ;

Pero me daba una rabia

Oirle.....

— Pues si es verdad.....

— Pepa, que soy tu marido,

Y no me tienes que echar

En cara nada en el mundo,

Porque tengo autoridad  
Sobre tí..... Si á mi maestro  
No le he querido faltar,  
Lo que es á tí..... cojo un palo.....

— ¡Y qué gran hazaña harás!

Valiera más que tuvieras  
Amor propio y dignidad,  
Y que te diera vergüenza  
En las tabernas entrar,  
Y juntarte con perdidos  
Que tu perdición serán,  
Y todo tu orgullo fuera  
El pan con honra ganar  
Para tus desnudos hijos.....

— Mis hijos! ¿Y donde están  
Que no están aquí?

— Salieron.

Hace poco fué Pilar  
A casa de la vecina,  
Que tiene la caridad  
De darle de comer algo.  
— ¿Y Juanito?

— Ya vendrá;

Fué á casa del empeñista  
Mis pendientes á empeñar,  
Porque nada hemos comido,  
Y el niño pedía pan,  
Y se me angustiaba el alma  
Por no podérselo dar.  
Con que, vamos, ¿qué te dijo  
El maestro?

— Pues verás.....

Lo que me ha dicho yo creo  
Que es una barbaridad.  
Después de sermonearme  
Y estar dale que le das  
Con que si juego, si bebo,  
Y si voy aquí y allá,  
Me dijo que en sus talleres  
Me recibe á trabajar,  
Y que sólo una peseta  
Me puede dar de jornal,  
Porque ya tan mal trabajo

Que no puedo ganar más.  
Decir eso á quien ganaba  
Tres pesetas es faltar,  
Digo, me parece.....

— Pepe,

Tengamos conformidad.  
No encuentras en otra parte  
Trabajo.....

— Porque les van

Á los maestros diciendo  
Que me suelo emborrachar,  
Y en ninguna parte quieren  
Recibirme.

— Perderás

Esa fama cuando tengas  
Un poco de voluntad  
Y amor á tus pobres hijos.

— ¿Á decir te atreverás  
Que á mis hijos no les quiero?.....

— Pues lo debes demostrar.  
Si oye mi ruego la Virgen,  
Al fin buen padre serás.

— ¡Buen padre! Yo quiero serlo,  
¿Lo entiendes?.....

— ¡Mamá, mamá!

— Niña, da un beso á tu padre.

— Sí, dame un beso, Pilar.

¿De dónde vienes, muchacha?

— Vengo de cenar, papá,  
Y muy bien, muy ricamente

Que me ha dado de cenar  
La vecina..... Carne, fruta.....

Y un pan tan rico..... aquí está,  
Que traigo á mamá un pedazo.....

La señora Trinidad

Me lo dió y me dijo: «Llévalo

Á tu madre, que estará

Sin comer la pobrecilla,

Como se suele quedar

Muchas noches.» Y esta fruta

Me la ha dado el señor Blas

Para mi hermano..... ¿Qué buenos

Son los vecinos! ¿verdad?.....

Y á los tres nos quieren mucho,  
Y no quieren á papá,  
Porque dicen.....

— Niña, niña,

¿Qué modo es ese de hablar?  
De tu papá nada han dicho.

— Sí, que dicen.

— ¿Callarás?

Deja que lo diga todo,  
Que con razon hablarán  
Mal de mí. No soy buen padre,  
Y hacen bien en hablar mal.  
Mañana vuelvo al trabajo,  
Trabajaré con afan,  
Y si sólo una peseta  
Gano, tú me ayudarás.....

— Sí, Pepe, con toda el alma,  
Y Dios nos protegerá.

## II.

EL MAESTRO.—EL OBRERO.

—Pepe.

—Diga usted, maestro.

—Quizá no te acordarás  
De que hoy hace un año justo  
Que volviste á trabajar  
En mi taller.

— Y que ha sido

Largo el año por demas,  
Que los años sin dinero  
Parecen la eternidad.  
Y á fe que ha sido milagro  
Que con tan poco jornal  
Hayamos vivido. Pronto  
Tendremos un hijo más,  
Y entónces, si usted, maestro,  
No se hace cargo..... será  
Cosa de que yo me muera  
Viendo que no puedo dar  
A los hijos de mi vida.....

— Oye Pepe; sé que habrás  
Pasado muchos apuros  
Y mucha necesidad  
En el año que hoy acaba.....  
Y á mí me debes culpar.  
Antes de echarte á perdido  
Eras un buen oficial,  
Y ganabas tres pesetas  
En mi taller.

— Es verdad,

— Falsos amigos te hicieron  
El trabajo abandonar;  
Adquiriste mala fama,  
Te hiciste un hombre incapaz,  
Para tí todas las puertas  
Se llegaron á cerrar,  
Y acaso estuviste expuesto  
A ser un vil criminal.....  
Las consecuencias del vicio  
Llegaste, Pepe, á tocar,  
Y á mí viniste pidiendo  
Para un pedazo de pan.....  
No eras malvado; por eso  
Te has separado del mal.  
Yo quise poner á prueba  
Tu aliento y tu voluntad.....  
Has sido fuerte, has luchado  
Y has vencido, y ahí está  
El premio de tu constancia.  
— ¡ Un librito !.....

— En él verás

Que eres poseedor legítimo  
De una suma regular.  
— ¿Qué es esto? Yo no comprendo.....  
— Pronto lo comprenderás.  
Ese libro te acredita  
Dueño de la cantidad  
De ciento cincuenta duros,  
Que guardé de tu jornal  
De tres pesetas.....

— ¡ Dios mio !

Esta es la felicidad !.....

— Eso se llama el AHORRO,

Que es base del bienestar  
Del trabajador honrado  
Util á la sociedad.  
Con una peseta al dia  
Lo habrás pasado muy mal;  
Con las otras dos guardadas  
Una base tienes ya  
De fortuna, y este ejemplo  
Te ha venido á demostrar  
Que teniendo economía,  
Prevision y sobriedad,  
Nunca es pobre el hombre honrado  
Que se aplica á trabajar;  
Vive ya con más holgura;

Desde ahora cobrarás  
Todo tu jornal entero,  
Pero no debes faltar  
Ningun domingo á la CAJA  
DE AHORROS, que abierta está,  
Brindando fortuna al pobre  
Que allí va á depositar  
Lo que despues duplicado  
Sus hijos recogerán.  
— ¡Bendita CAJA! ¡ Bendita!  
La que tantos bienes da  
Al hombre de bien amante  
De su familia y su hogar.

CÁRLOS FRONTAURA.

---

Á D. FRANCISCO PIQUER,  
FUNDADOR DEL MONTE DE PIEDAD.

SONETO.

Conociendo el derroche madrileño,  
El Monte de Piedad fundaste un dia,  
Y el vampiro usurero que vivia  
Del hambre y la miseria frunció el ceño.  
Fuiste alivio del grande y el pequeño,  
De la huérfana pobre fuiste guia;  
Que si el vicio tesoros la ofrecia,  
Su honor salvaste con modesto empeño.

Si hoy vivieras, sin vanas complacencias,  
Y al ver tantos que viven de prestado,  
Y que del mal aumentan las dolencias,  
Fundarias un monte *despiadado*  
Para empeñar las honras y conciencias  
Que se venden á precio de mercado.

RAFAEL GARCÍA SANTISTÉBAN.

---

EL MONTE DE PIEDAD Y LA CAJA DE AHORROS.

ROMANCE.

I.

Por una calle marchaba  
Un anciano á paso lento,

Cuando le detuvo un triste  
Quejido muy lastimero;  
— ¡Quién llora? Quien...

— Una pobre...

— ¡ Pides limosna ?

— No encuentro

Quien por estas sayas...

— Vendes

Tus ropas !...

— Eso pretendo ;

Porque un real sobre aquéllas

Nadie me presta en el pueblo.

— Y con tan poco...

— Señor,

Halle esta noche un remedio,

Que no faltará mañana

Un corazon noble y bueno

Que me dé trabajo, y gane

Para el preciso sustento

De mis hijos, y despues

Áun podré pagar el préstamo,

Y rescatar estas sayas...

Única gala que tengo.

— Mas pides limosna...

— No ;

No la pido, me avergüenzo ;

Señor, tan sólo yo busco

Sobre estas sayas un préstamo.

— Pues toma lo que deseas,

Mas en calidad de empeño,

Y conservarás la prenda...

— ¡ Cuánto, señor, agradezco

Vuestra caridad ! ¿ y dónde

Iré á pagároslo luégo ?

A vuestra casa...

— En mi casa

Jamas se presta dinero.

— Entónces...

— Cuando tú juntes

La suma á que asciende el préstamo,

La llevarás, aumentada

Con el importe del rédito,

A depositarla...

— ¡ Dónde ?

— En donde diga un letrado

*Monte de Piedad del pobre,*

Que limosna no pidiendo,

Acude á buscar en él

A sus angustias remedio.

— Gracias...

— Adios...

— Y al Pastor

Del Criador del Universo,

Que tan digna y sabiamente

Su santa mision cumpliendo,

Sin rebajar la indigencia

La proporciona consuelo.

— Pues desde hoy á los pobres

Lo que les dé, será de ellos ;

Y ¿ quién sabe si el real,

Que en esta noche te presto,

Vendrá á crecer tanto y tanto

En los siglos venideros,

Con las pequeñas partidas

Que aquellos pagan de premio,

Que se parezca á los panes

Que nos cuenta el Evangelio? —

Y marchóse el gran Piquer,

A la mujer bendiciendo ;

Miéntras para aquél, la pobre

Las invocaba del cielo.

## II.

El discreto sacerdote,

Que así ejerció la limosna,

Se encaminaba á su hogar

Preocupado de su obra.

— Sí, sí ; mañana, — exclamaba ; —

Alcanzará una victoria

La caridad de los mismos

Que la caridad imploran,

Fuente abriendo inagotable

Consuelo de sus congojas. —

El noble Piquer durmióse,

Y vió con ánsia angustiosa

Muchos huérfanos y ancianos,

Muchas viudas y esposas,

Con rostros muy afligidos,

Ir penetrando cual sombras

En una casa, y despues  
Salir de ella hasta gozosas.  
Entónces Piquer comprende  
Que no es vision ilusoria  
Aquel sueño, y se despierta  
Diciendo: — « ¡ Esa es mi obra ! » —  
Y colocando el cepillo,  
Y echando en él la limosna  
De un real... ya ha producido  
Cuanta riqueza atesora  
Ese Monte de Piedad,  
De Madrid honor y gloria.

III.

Lo que á tí te falta, hermano,  
Tener de sobra debiera;  
Pero es *sobra* que malverso,  
Porque es cosa tan pequeña  
Lo que del triste jornal  
Cada semana me queda,  
Que nadie querrá guardarme...  
Pontejos oyó esta queja;  
Y ofreciéndose á su mente  
Una luminosa idea...  
— Éste al Monte de Piedad  
Prestará lo que aquél presta;

Y la virtud del ahorro  
Con el capital que crea,  
Al par que enriquece al bueno  
A la pobreza remedia; —  
Dijo. — Y la *Caja de Ahorros*  
Fundó con tan buena estrella,  
Que del ilustre Piquer  
La grandiosa obra completa;  
Esa obra, sí, que un palacio  
A la eterna gloria eleva  
De dos genios bienhechores,  
Que admira España y respeta,  
Y á los cuales todos, todos  
Imitarles hoy debieran.  
Sí; gloria inmortal á los que  
Deplorando las miserias  
Que en sus épocas al pobre  
Preocupáran ó afligieran,  
Con un estudio profundo  
Y con caridad sincera  
Fundaron piadosas *cajas*,  
La que *ahorra* y la que *presta*;  
La que guarda del trabajo  
Honrado la sobria hacienda,  
Y aquella que al desvalido  
Recurso y consuelo lleva.

MANUEL HENAO Y MUÑOZ.

---

EL MONTE DE PIEDAD.

Conozco el camino: un día  
Cuando la tarde moria,  
Y el diáfano azul del cielo  
Eclipsaba con su velo  
La niebla de invierno fria;

Con planta débil é incierta,  
De negras tocas cubierta,  
Fija y triste la mirada,

Una mujer desolada  
Vino á llamar á mi puerta.

Espectro de una beldad  
Que fué de la sociedad  
El ídolo más querido;  
Astro que nubló el olvido  
Y apagó la tempestad.